

EL POETA METE LA MANO EN EL AGUA¹

El poeta nació en Vallehermoso, un alto pueblecito de la isla de La Gomera, medio español y medio colonial, colgado difícilmente de una palmera y de un laurel, no lejos del mar Atlántico, y hasta donde se llega por una carretera que arranca desde unos acantilados encrespados y azules. En este pueblecito, y cuando nuestro poeta alcanzaba la pubertad, oía muchas veces cantar en las tardes de domingo y en las pequeñas fiestas familiares de la casa, a su madre, su tía y las amigas, con la música canaria de una isa, una copla que habría de tener una cierta trascendencia en su vida. El poeta aún tenía pantalón corto, las mujeres corsé, cintura de avispa y “castañas” en el pelo, y los hombres americana estrecha entallada, cuello duro y raya en medio de la cabeza, y muchos barba de senador. La madre era pequeña, alegre y lucía unos ojos melancólicos de mujer insular. La hora de las coplas llegaba, ya al atardecer, y una de ellas:

A la mar fui por naranjas
cosa que la mar no tiene.
Metí la mano en el agua:
la esperanza me mantiene.

la escuchaba el poeta, sin saber muy bien lo que quería decir, pero bien dispuesto desde aquel momento a meter la mano en el agua, hasta encontrar algún día una naranja verde o madura que calmara su sed. Hemos de pensar que cuantas veces Pedro García Cabrera fue hasta la orilla de su mar lejano y próximo, las palabras de esta copla, y especialmente todos esos nombres que contiene, las cosas que allí se encierran, estarían muy presentes en su corazón. La copla, entre recuerdos ausentes y memorias despiertas, iría poco a poco adquiriendo en su ánimo una personal existencia, y su sentido absurdo y contradictorio es posible que ya en la adolescencia lograsen insospechados valores, hasta vislumbrar una difícil conciliación lírica. Esta copla invitaba al poeta a ir al mar, es de hecho una invitación al reconocimiento de su existencia fascinante, a entrar en él, a ser su amigo o su enemigo. Pero, además, lo invita también a que busque naranjas en sus aguas y se advierte asimismo, que estas naranjas no las encontrará nunca. Esta lucha entablada, a través de cuatro versos bellísimos, entre la realidad y la irrealidad ha de marcar muy poderosamente toda la creación de nuestro poeta. Para verificar esta irrealidad de una naranja en el mar, se ha de meter la mano en el agua. Este acto tiene una significación muy amplia en la pequeña historia de las islas, cargada de una vida de recelo y osadía. Comprobado que ya la naranja no está en la mar, el poeta ha hundido su mano entre el líquido cuerpo, lo ha removido y sacudido con inusitado gozo y hasta ha tocado la negra arena.

¹ “OBRAS COMPLETAS” Volumen II. Pedro García Cabrera. Pag. 101-103. Consejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias. 1987.

Pero no por eso ha de dudar que algún día, sobre las olas aplaceradas y tormentosas, y como fruto de un extraño árbol marino con flores de azahar saladas, una redonda naranja pudiera aparecer. La esperanza le mantiene. Esta copla que está escrita y cantada con la mayor realidad el mundo, donde todo es razonable y concreto, de pronto en sus versos ofrece al hombre, al poeta, al insular, la promesa del paraíso, de lo absurdo, de la imagen. Pasarán muchos años. Pedro García Cabrera publicará libros de versos, libros de guerra o de divertimento, se alejará del mar, de Vallehermoso. A lo largo de su existencia ha recorrido mesetas, ríos y cumbres. Mas la copla de su isla seguirá estando depositada en su espíritu, secretamente, como una pequeña concha iridiscente debajo de un callao de la playa. Más tarde llega la madurez. El poeta tiene heridas en todo el cuerpo, pero en el alma no, porque la esperanza le mantiene. La concha iridiscente de súbito queda al descubierto, luciendo al sol total de este mar Atlántico sus vetas multicolores, su piel de muchacha joven, su virtud de metáfora esencial. La copla ocupa un lugar privilegiado en su escenario activo. Y llega la hora de ese feliz hallazgo que le dice que en estos versos está encerrada toda la condición geográfica y metafísica del hombre insular. Para existir, este hombre necesita ir todos los días al mar en busca de naranjas. Es la única manera de subsistir en ese su terrible aislamiento y perenne condenación. No sabemos de dónde arribó la copla a estas islas Canarias. Es muy posible que, como todo lo bueno y lo malo, navegara desde las costas de España. En Federico García Lorca encontramos el primer verso de la copla en un famoso poema -Adelina de paseo-: “La mar no tiene naranjas ni Sevilla tiene amor”. Y estamos seguros de que esa grácil y brillante iniciación de la copla peninsular, que parece tener sólo un significado de juego de sociedad, al llegar a las islas, a la patria de nuestro poeta, adquiriese una dimensión humana capaz de expresar la misma condición existencial del hombre insular. Pedro García Cabrera ha recogido en esta copla toda la feraz cosecha que se traduce en este libro de poesía “La esperanza me mantiene”. Metió la mano en el agua; y buscando las naranjas de lo absurdo ha hallado su personal voz, los cuerpos de sus amigos ahogados, la paz inverosímil, la memoria de su infancia, la posibilidad de un hijo, la figura ideal de la patria, la consecuencia de la libertad soñada, el negro y azul archipiélago de sus islas, la melodía melancólica de sus sueños. Tantas cosas encontró que aún sigue yendo al mar para encontrar otras muchas que han de colmarse con el soliloquio último de esta agua intranquilas que ofrecen su réplica al poeta que las descubrió. Llega el momento en que Pedro García Cabrera se enfada con el mar y le manifiesta su ira porque éste, cuando le ha reclamado su libertad esencial, “le ha vuelto tantas veces la espalda, no le ha dejado dormir sin miedo y no le ha ofrecido un lenguaje de aire claro para hablarle y nombrarla”. Como se verá, esta copla de Vallehermoso carece de todo particularismo local y desde su pequeño pueblecito se ha sabido

encarnar atrevidamente al pico de águila de lo universal. Fiel a esta trayectoria, nuestro poeta ha abandonado todos esos mares transitados por la historia compuesta, por las culturas humanísticas y por los mitos poéticos sabidos, tan frecuentes en la lírica de todos los tiempos. Se ha quedado sólo en esas aguas atlánticas azules y rabiosas que le precisan cuál es el destino y el compromiso de los hombres de todas las islas del ancho mundo y cuál la pregunta y la respuesta interminable de una existencia dramáticamente vivida.

DOMINGO PÉREZ MINIK.